

## EDITORIAL

### Barbastro y los libros (y los viajes en el tiempo)

**A**l asistir a la presentación de los libros del Certamen literario de Barbastro, por primera vez vía internet (en línea, *online*, por zoom, *mainstreaming* o cómo se quiera decir), nos vino a la memoria cuando con la irrupción en el mercado del libro digital –hará de eso unos diez años–, se temió muy seriamente por la supervivencia del libro en papel. No faltó quien, acaso por interés, dio por segura su defunción sin tener en cuenta que, muy a menudo, quienes aman leer aman de igual modo el libro como objeto que se mira y remira, toca y huele, viaja del salón al baño, en los trenes, atesora entre las páginas, subrayadas, dobladas, una hoja de chopo recogida un otoño concreto...

Apenas habían recuperado el resuello las librerías que creyeron ya volatilizada su mercancía, cuando la tecnología trajo a ese otro enemigo suyo que es la venta por internet, en mucho culpable del cierre de las tiendas de barrio. El comercio electrónico se demostraba como un contrincante mucho más poderoso para la venta tradicional de libros, al engarzarse con el acomodaticio vivir contemporáneo, más acentuado en esta etapa de reclusión vírica. Pero las librerías pequeñas e independientes no estaban dispuestas a rendirse. Se han asociado en la plataforma *todostuslibros.com*, que lleva los libros a las casas de sus cómplices parroquianos, no desde un gran almacén a saber dónde sino desde la librería de al lado. Justo, su puesta de largo fue el viernes pasado cuando Barbastro celebraba la insólita presentación de sus premios literarios, aprovechándose también de la tecnología, tan hostil como útil, para no reblar en el empeño humanístico que inició a finales de los años sesenta.

Ante el ordenador, nos dimos el gusto de imaginar a los promotores de este certamen asomados a la pantalla, en blanco y negro, replegados, con traje y corbata y fumando, como en todas esas fotos que se conservan de entonces y nos fascinan; creímos verlos asombrados pero contentos, despistados pero curiosos. ¿Hubieran podido concebir algo así, sus libros soñados con el nombre impreso de Barbastro dados a conocer a través de aparatos y gentes conectadas, mágicamente, a distancia? Es probable que sí. Cuando hicieron su apuesta ya sabían que los libros siempre han sido capaces de crear otros mundos, en ellos había ya robots y viajes a la Luna. Y, al mismo tiempo, nos ayudan a comprender el nuestro.

En este momento, que tan necesitados estamos del pensamiento y la imaginación, hay que felicitarlos por que Barbastro no se haya abandonado a la comodidad, por que, a pesar de las distancias impuestas, en el difícil y turbio 2020 esta ciudad siga unida a ese escudo, alimento y refugio que es la lectura.

# Grandes (des) esperanzas

Edgar Abarca Lachén

«Los políticos y los pañales se han de cambiar a menudo... y por los mismos motivos»

George Bernard Shaw

**U**n descojonado Pedro Duque nos ha comunicado que nuestro país ya tiene un candidato a vacuna «la semana que viene». El ministro de Ciencia e Innovación ya nos vendió lo mismo para abril o para septiembre o para principios del año que viene. Qué más da que da lo mismo.

No imagino a John Glenn o Neil Armstrong haciendo previsiones a ojímetro en cuestiones de ciencia. Seguro que todos recordamos en Apolo XIII los cálculos milimétricos de Jim Lovell para reentrar en la Tierra. Y es que la precisión, el rigor y la serenidad son factores determinantes para salvar vidas.

Nunca la ciencia había estado tan preparada. Conviene recordar que la vacuna de la polio tardó 50 años en llegar. Los avances de Pfizer y sobre todo de los emigrantes turcos Ugur Sahin y Özlem Türeci, fundadores de una historia de amor llamada BioNTech, así como los trabajos de GSK-Sanofi y Zenda, aseguran vacunas eficaces que podrían ser la solución para inmunizarnos a corto plazo.

Y como no podría ser de otro modo, a nuestro astronauta y su banda les ha faltado tiempo para administrarnos su dosis de grandes (des)esperanzas: «si todo va bien empezaremos el proceso de vacunación en enero».

Los ciudadanos necesitamos algo más que un mensaje navideño barato, con permiso de Dickens. Aunque el final de esta enorme chapuza esté cada vez más cerca, merecemos saber que los datos preclínicos intermedios corresponden a

la fase III, paso anterior a la aprobación de la vacuna y que están pendientes de evaluación por parte de la Agencia Europea del Medicamento.

Seamos prudentes y evitemos el ruido de la propaganda. Al parecer la vacuna está mostrando un aumento de los niveles de anticuerpos, algo por cierto muy esperanzador, pese a que todavía desconocemos entre otros aspectos, datos de eficacia en ancianos.

A veces la ciencia y sus magnates también tienen su lado oscuro. Seguimos ignorando qué eso del Sputnik V y su mercadeo con Oriente Medio o las milagrosas vacunas chinas cuyo gobierno ya presta dinero a toda América Latina para su administración masiva. Tampoco la fórmula Biden-Pfizer o el sorpaso de última hora de Moderna son producto de la casualidad. Que se lo pregunten a los de Wall Street. Nauseabundo.

Hace no mucho, tuvimos la oportunidad de vivir un mundo extraordinario, más capacitado que nunca para avanzar, compartir y ser generosos. Mis padres, muchos padres, lucharon por un cambio, por pasar página hacia la modernidad y trabajaron por una sociedad menos casposa que ofrecer a sus nietos.

Pero un planeta que reparte vacunas a unos y no a otros, quizás a todos pero diferentes, dependiendo de donde vengas o incluso quien seas con la connivencia de sus gobernantes, no dice nada bueno de los retos que tenemos por delante. Entre otros, urge repensar nuestras actuaciones con el medio ambiente y las consecuentes zoonosis. Y ante todo, necesitaremos verdaderos líderes que vean más allá de sus narices, o lo que es lo mismo, de sus próximas elecciones.

## A CUATRO MANOS

### No quería hablar de eso, pero...

**M**uchos de los que se aventuraron a opinar sobre la evolución del COVID-19, a la vista de sus primeras manifestaciones, han tenido que rectificar y acomodarse, de mejor o peor grado, a las directrices de la OMS que, hay que reconocerlo, no han variado mucho desde que decidieron que nos enfrentábamos a una pandemia global que requería medidas excepcionales. Aunque esté feo citarse uno mismo, no tengo más remedio que reconocer que mi primera impresión, publicada aquí mismo en el mes de marzo o abril, fue que esto iba a durar poco, salvo que hubiera alguien interesado en mantenerlo, añadía para curarme en salud. Evidentemente no estuve muy acertado. Treinta y cinco semanas después seguimos con el virus bastante activo y a merced de sucesivas ocurrencias gubernamentales, recibidas, por el momento y con pocas excepciones, con singular estoicismo, que no parecen estar solucionando gran cosa, más allá de permitir a la epidemia seguir su curso apartando, de cuando en cuando, de la circulación los huéspedes necesarios para intentar evitar la saturación de un sistema sanitario cuyas deficiencias, a duras penas paliadas por el esfuerzo de sus profesionales, no resultan menos evidentes por haber reducido a una sola casi todas las patologías posibles, incluyendo aquellas, como el cáncer, que en 2019 mataron en España a más de cien mil personas y que, probablemente, están matando a muchas más en 2020.

Pero no todo son malas noticias. Ya tenemos, dicen, una vacuna a la que se atribuye un 90% de eficacia, lo que supongo que significa que 9 de cada 10 inoculados quedarán, temporalmente, al menos, inmunizados contra el COVID-19. Una vacuna basada en una tecnología relativamente nueva, es decir, que lleva ya unos años produciendo beneficios especulativos a dos empresas de biotecnología, Moderna (2010), en Estados Unidos y BioNTech (2008) en Alemania, asociada

esta última a la norteamericana Pfizer, pero no, hasta ahora, un solo resultado tangible. Lo que he entendido, a partir de las explicaciones de una cualquiera de esas dos empresas (<https://www.modernatx.com>, y <https://www.bioNTech.de>) es que no se trata, como en la vacunación clásica, de inocular una versión atontada del virus para estimular, sin riesgo de contraer la enfermedad, el sistema inmune del organismo, sino de construir, a partir de una cadena doble de DNA, lo que se conoce como un mensajero RNA, de aquí viene el nombre de una de las empresas moderna. Este mensajero, m RNA, contiene las instrucciones necesarias para que los ribosomas celulares construyan o activen las proteínas necesarias para combatir con éxito una determinada enfermedad. De hecho, en las páginas de estas empresas aparece el cáncer, entre otras, como objetivo a batir, por el momento sin éxito, aunque en el caso del COVID lo hayan conseguido, aparentemente, en un tiempo asombroso y afortunadamente corto.

No es, sin embargo, demasiado tranquilizador que los directores financiero y médico de moderna y el director general de Pfizer vendieran casi todas sus acciones en esas empresas al socaire de la subida provocada por los anuncios de la vacuna, sin esperar a los mucho mayores beneficios que, sin duda, cabría esperar de su comercialización, cuando tal cosa ocurra. Que probablemente ocurrirá, aunque yo, y que el comité de la verdad recientemente constituido no me lo tenga en cuenta, sigo siendo escéptico. No creo que esto, por sí solo, acabe con la civilización y mucho menos con la especie humana, que seguramente ha superado crisis mayores, pero sí que la enfermedad y sobre todo su errática gestión nos complicará, y mucho, la vida antes de que esto acabe, sobre todo a los que por edad u otras patologías ya la teníamos complicada de antemano.

Carlos Gómez Mur